



EL MISTERIO DEL HOMBRE, CLAVE EN EL PENSAMIENTO DE JUAN PABLO II¹.

En homenaje a Juan Pablo II
Dr. Cipriano Sánchez García, L.C.

EL MISTERIO DEL HOMBRE UNA AVENTURA VITAL

DIPOSITIVA 1

¡Ah, el peso específico del hombre, el peso particular de cada hombre! ¿Hay algo más abrumador y al mismo tiempo más inaprehensible? Es fuerza de gravitación continua encadenada a un breve vuelo. El vuelo tiene forma de espiral, de elipse, - y forma de corazón ¡Ah, el peso propio del hombre! Estas fisuras, esta maraña, y esta profundidad- estas adherencias, cuando es tan difícil despegar la mente del corazón Y en medio de todo ello, la libertad -una cierta libertad, a veces incluso locura, una locura de libertad envuelta en esta maraña. Y en medio de todo ello, el amor, que mana de la libertad, como fuente de tajo recién abierta. ¡He aquí el hombre! No es transparente y no es monumental y no es simple, más

¹ SIGLAS USADAS COMO REFERENCIAS:

- El taller del orfebre, BAC
- Redemptor Hominis RH
- Signo de Contradiccion BAC, SDC
- Persona y Accion, Palabra, PYA
- Dignitatis Humanae DH
- Gaudium et Spes, GS
- Levantaos, Vamos
- Novo Millennio Inneunte.

bien pobre. Esto es un hombre -pero ¿y dos y cuatro y cien y un millón? - Multiplica todo esto por ti mismo (multiplica esta magnitud por la debilidad); y obtendrás el producto de la humanidad, el producto de la vida humana. Así habló aquel singular orfebre².

Cuando Juan Pablo II escribía en 1956, con 36 años, esta obra teatral sobre el amor humano estaba reflejando uno de los ejes de su pensamiento. No hubo área de su vida, ni la filosófica, ni la artística, ni la teológica, en la que no apareciera el misterio del ser humano. Es como si él mismo no lo supiera responder de modo adecuado y buscara en todo momento responderse con sus pensamientos, decisiones y acciones. Por ello mi intervención quiere recoger, con la necesaria brevedad, unos trazos que reflejen esta parte del alma de Karol Wojtyła, San Juan Pablo II, pastor, teólogo, y filósofo

EL MISTERIO DEL HOMBRE EN REDEMPTOR HOMINIS

DIAPOSITIVA 2

Cuando fue elegido Papa, el entonces arzobispo de Cracovia se dispuso a dejar por escrito lo que había en su alma y lo que quería que fuera su ministerio. En ese contexto, nos dejó el retrato del ser humano al que quería dedicar su vida. Para intentar resumir su identidad, tomaba una frase del Concilio Vaticano II en la constitución sobre el mundo moderno, que sería como un paradigma de su pontificado: *“Cristo, Redentor del mundo, es Aquel que ha penetrado, de modo único e irrepetible, en*

² El taller del orfebre BAC p.24

el misterio del hombre y ha entrado en su «corazón».

*Justamente pues enseña el Concilio Vaticano II: «En realidad el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado».*³ Aquí está: el misterio del hombre. ¿A qué se refiere con esta expresión? Las líneas que le siguen nos pueden dar algunas pautas:

- La primera es que el ser humano no se explica nada más “por Adán”, es decir, por su origen humano, por su historia, por lo que se le da de modo natural. La razón la explica citando a Romanos 5,14: Adán era figura de alguien que tenía que venir, Cristo.
- Esto nos da la pauta para la siguiente línea. El ser humano encuentra su explicación en Cristo que, revelando el misterio de Dios y de su amor, *manifiesta plenamente al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación* (aquí otro de los grandes paradigmas wojtylianos). El ser humano para entenderse de verdad no tiene que mirar solo a su origen, tiene, de modo particular, que mirar a su destino, al hombre que recupera la semejanza divina, al ser humano que lleva a plenitud su dignidad sin igual.
- Así llegamos a la tercera línea. No es el ser humano quien sube, es el Hijo de Dios quien se acerca y con *su encarnación, se ha unido en cierto modo con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado*». ¡Él, el Redentor del hombre!⁴ Esta reflexión nos deja ver

³ RH 8

⁴ RH 8



que para podernos descubrir a nosotros mismos es necesario que miremos a quien se hizo como nosotros y desde Él, subir a nuestra verdadera dignidad.

DIAPPOSITIVA 4

El misterio del hombre tiene que ver, por lo tanto, con aquello a lo que es llamado, que no es otra cosa que la plenitud de lo que implica su creación como persona. Todo lo que vive, todo lo que recibe, puede entenderse e iluminarse en esta perspectiva que da sentido a cada situación que le acontece.

Ahora bien ¿Cuál es el horizonte en el que se lleva a cabo esta realización de la persona humana según Juan Pablo II? En sus mismas palabras podemos repetir: *El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por esto precisamente, Cristo Redentor, como se ha dicho anteriormente, revela plenamente el hombre al mismo hombre*⁵. Al final, el misterio del hombre es su capacidad de amar y ser amado, de encontrarse con el amor y realizarse en el amor. ¿Es este solo un lenguaje poético o sensiblero? Realmente no. Realmente es el punto final de una antropología que otorga la felicidad y la belleza, porque lleva a realización todos los aspectos de la persona humana, de lo que llamamos su dignidad y el valor de su humanidad. Es el modo de poder comprenderse a sí mismo, y citamos de nuevo: *El hombre que quiere*

⁵ RH 10

*comprenderse hasta el fondo a sí mismo – no solamente según criterios y medidas del propio ser inmediatos, parciales, a veces superficiales e incluso aparentes – debe, con su inquietud, incertidumbre e incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo*⁶. Juan Pablo II está poniendo delante de los ojos de cada hombre y de cada mujer no un Algo, sino un Alguien, que le hace ver la maravilla del propio ser, al descubrirse llamado a realizar un valor tan sublime.

El misterio del hombre, por lo tanto, es toda la riqueza que desde su interior se proyecta hacia los demás y hacia Dios. Es la potencialidad que debe desarrollarse en una plenitud acorde con su dignidad que le es dada por su origen y por su destino, y que, en la dimensión de la fe, encuentra en Cristo no solo el modelo, sino también la fuerza para entenderse a sí mismo, descubriendo lo amado que ha sido y por lo tanto el alto valor que se desprende de la inconmensurabilidad de ese amor.

LAS DIMENSIONES DEL MISTERIO DEL HOMBRE

DIPOSITIVA 5

¿Cuáles son las dimensiones de este misterio en la perspectiva de Juan Pablo II? Tenemos que ir un poco hacia atrás en la historia para entrar en otro documento que fue trascendente en la visión que Juan Pablo II, entonces Karol Wojtyła tuvo sobre su misión en la vida y que expresó ante el Papa Pablo VI en 1976. Es un texto de ejercicios espirituales, pero,

⁶ RH 10

en realidad, es un planteamiento de su visión de Dios, de la Iglesia y del ser humano. Por ello, puede ser un segundo momento en nuestro viaje hacia esta categoría que marca la vida de Juan Pablo II: el misterio del hombre. En la meditación XII, comentando también el texto de *Gaudium et Spes* 22, nos da varias intuiciones valiosas para nuestra reflexión.

- En primer lugar, en cuanto a su epistemología nos hace ver que el concepto del misterio del hombre no se responde de modo adecuado ni desde el racionalismo, ni desde el empirismo, que considerarían al ser humano de modo reduccionista como un simple objeto de la ciencia⁷, dejando de lado precisamente el misterio, que nunca llega a comprenderse de modo completo. En este sentido, Juan Pablo II acude a una epistemología de la revelación, como camino para poder comprender de modo completo el misterio del hombre, una revelación que siendo de origen teológico, se lleva a cabo de modo antropocéntrico para manifestar a Dios Padre y su amor por el hombre⁸.
- En segundo lugar, nos hace ver que, precisamente por ser antropocéntrica, la revelación debe ser personalista, y ello se concreta

⁷ El concepto del misterio del hombre vinculado con el hecho de su manifestarse, se sitúa ciertamente frente a dos tendencias, dos concepciones. Por un lado, el racionalismo y el empirismo han tratado y tratan todavía de convencernos de que el hombre es exclusivamente objeto de ciencia; Por otro lado, en cambio, sobre la base de una convicción semejante, se ha desarrollado la conciencia de que el hombre es un ser desconocido, el hombre, ese desconocido, como ha dicho Carrel. La categoría del misterio encuentra aquí su plena aplicación. SDC p.132

⁸ El texto conciliar, aplicando su vez al hombre la categoría del misterio explica el carácter antropológico, o incluso antropocéntrico, de la revelación ofrecida a los hombres en Cristo. Esta relación se concentra sobre el hombre: Cristo manifiesta plenamente el hombre al propio hombre, pero lo hace mediante la revelación del padre y de su amor. SDC p.132

en la manifestación del Hijo de Dios, que, por su encarnación, se hace ser humano de modo pleno. El misterio del hombre solo puede ser manifestado plenamente al hombre por quien se hace auténticamente hombre y abarca todas sus situaciones⁹.

- Y, en tercer lugar, esta manera de llevarse a cabo la revelación del misterio del hombre al hombre mismo pone de manifiesto la gran dignidad de la naturaleza humana y el valor de cada ser humano en concreto, pues el Hijo del hombre muestra a la naturaleza humana como *capax Dei* y a cada ser humano como destinatario de la entrega redentora del mismo Hijo de Dios¹⁰.

Esto lleva a dirigir la mirada de modo necesario hacia lo que la persona de Cristo manifiesta del ser humano en la iluminación de su misterio, como dice el Vaticano II: *manifiesta el hombre plenamente al hombre y le descubre la sublimidad de su vocación*.¹¹

Esta manifestación de la sublimidad se realiza en tres categorías, que son las que explican e interpretan el misterio del hombre. Tres categorías que este escrito del arzobispo de Cracovia encaja en los así llamados *tria munera Christi*, profeta, sacerdote y rey. Tres categorías que nosotros podríamos expresar, siguiendo a Karol Wojtyła, en la verdad, el sentido

⁹ La revelación no es una teoría o una ideología. La revelación consiste en el hecho de que el hijo de Dios mediante su Encarnación se ha ido a todo hombre se ha hecho en cuanto hombre uno de nosotros: en toda semejanza nuestra fuera del pecado. Jesús vivió una auténtica vida humana y sabemos que ésta fue tan difícil que le acercó para siempre todos aquellos a los que la vida no regatea pruebas y dolores. SDC 132

¹⁰ Por la Encarnación del hijo de Dios se ha puesto de relieve la gran dignidad de la naturaleza humana y, por el misterio de la redención, se ha revelado el valor del hombre concreto, de tal modo que nos hace comprender hasta qué punto es preciso luchar por salvar su dignidad. SDC 132

¹¹ GS 22

y la conciencia, como tres ámbitos en los que el ser humano puede comprenderse a sí mismo. Para ello, analiza lo que es esencial y constitutivo del ser humano, lo que cada persona humana debe buscar para llegar a desarrollar lo que encierra su propio misterio.

DIPOSITIVA 6

El primer peldaño en este camino es la búsqueda de la verdad. La razón fundamental es que la dignidad de cada persona necesita de la verdad para poderse llevar a cabo. No puede haber dignidad en la mentira, en la falsedad, en la no-verdad. Por ello Wojtyła afirma que *el pensar en la verdad y el vivir en la verdad* son componentes indispensables y esenciales de la dignidad humana¹² y también que: (El punto neurálgico del misterio del hombre) *es la verdad. la verdad del conocimiento de sí mismo, del mundo, de Dios; la verdad de la conciencia, de la ciencia y de la fe*. Para iluminar esta intuición, Wojtyła se sirve también de dos textos conciliares, el primero tomado de nuevo de Gaudium et Spes, número 15 y el segundo de Dignitatis Humanae n.2.

El primero de los textos¹³ comienza afirmando la superioridad de la inteligencia humana respecto al universo material, como fruto de su

¹² SDC 153

¹³ GS 15. *Tiene razón el hombre, participante de la luz de la inteligencia divina, cuando afirma que por virtud de su inteligencia es superior al universo material. Con el ejercicio infatigable de su ingenio a lo largo de los siglos, la humanidad ha realizado grandes avances en las ciencias positivas, en el campo de la técnica y en la esfera de las artes liberales. Pero en nuestra época ha obtenido éxitos extraordinarios en la investigación y en el dominio del mundo material. Siempre, sin embargo, ha buscado y ha encontrado una verdad más profunda. La inteligencia no se ciñe solamente a los fenómenos. Tiene capacidad para alcanzar la realidad inteligible con verdadera certeza, aunque a consecuencia del pecado esté parcialmente oscurecida y debilitada. Finalmente, la naturaleza intelectual de la persona humana se perfecciona y debe perfeccionarse por medio de la sabiduría, la cual atrae con suavidad la mente del hombre a la búsqueda y al amor de la verdad y del bien. Imbuido por ella, el hombre se alza por medio de lo visible hacia lo invisible. Nuestra época, más que ninguna otra, tiene necesidad*

participación de la inteligencia de Dios, que lo hace ser al mismo tiempo espiritual y material. Después, procede a reconocer los avances que el ser humano ha tenido a lo largo de la historia gracias a esta dimensión de su persona. Y, en un tercer momento, pasa a describir la importancia que tiene la búsqueda de la verdad, que posee los siguientes rasgos:

- La certeza de poder encontrar la verdad.
- La necesidad de integrar y perfeccionar el dinamismo de la inteligencia con la sabiduría y el amor de la verdad y del bien.
- La capacidad de trascender lo visible hacia lo invisible.

DIAPPOSITIVA 7

Por otra parte, el segundo de los textos¹⁴ que alude Wojtyła, comienza describiendo el hecho de que la estructura personal del ser humano lo impulsa con una responsabilidad moral a buscar la verdad, aceptar y ordenar la vida según ella. Luego deja clara la necesidad de la adecuada libertad interior y exterior para tener éxito en esta búsqueda.

De ambos textos se deduce la existencia, en la persona humana, tanto de una estructura o potencialidad, como de un dinamismo, que lo pone en

de esta sabiduría para humanizar todos los nuevos descubrimientos de la humanidad. El destino futuro del mundo corre peligro si no forman hombres más instruidos en esta sabiduría.

¹⁴ DH 2. *Todos los hombres, conforme a su dignidad, por ser personas, es decir, dotados de razón y de voluntad libre, y enriquecidos por tanto con una responsabilidad personal, están impulsados por su misma naturaleza y están obligados además moralmente a buscar la verdad, sobre todo la que se refiere a la religión. Están obligados, asimismo, a aceptar la verdad conocida y a disponer toda su vida según sus exigencias. Pero los hombres no pueden satisfacer esta obligación de forma adecuada a su propia naturaleza, si no gozan de libertad psicológica al mismo tiempo que de inmunidad de coacción externa.*

relación esencial con la verdad y que abre un horizonte hacia el bien, el amor y la trascendencia. De hecho, el mismo arzobispo de Cracovia termina su reflexión sobre este tema diciendo: *la verdad . . . constituye una dimensión esencial del conocimiento humano y de su existencia, de la ciencia, de la sabiduría, de la conciencia humana, a las que confiere su propio sentido. Cada hombre nace en el mundo para dar testimonio de la verdad según su vocación particular.*¹⁵ Con esto, abre el horizonte de la verdad hacia una dimensión social de la misma, como un derecho que no le puede ser negado al ser humano, de forma especial en un mundo como el actual, frente a la manipulación de la verdad¹⁶ y a una especie de obligación a vivir en la mentira, por tener que profesar lo que no responde, o incluso contradice, sus más profundas convicciones¹⁷.

DIAPPOSITIVA 8

El segundo peldaño tiene que ver con el sentido que tiene la propia vida y las personas y situaciones que la rodean. En este contexto, Wojtyła echa mano de la categoría cristocéntrica del *munus sacerdotale*, como una forma de explicar la orientación del sentido de la vida del ser humano. Siguiendo su metodología, un texto conciliar sobre la pregunta existencial del ser humano ilumina el pórtico de sus reflexiones: *¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio? ¿Qué puede dar el hombre a la sociedad? ¿Qué puede*

¹⁵ SDC 155

¹⁶ SDC 156

¹⁷ SDC 157

*esperar de ella? ¿Qué hay después de esta vida temporal?*¹⁸. La relación con Dios, en cuanto creador y redentor de cada ser humano, una relación que es marco de referencia necesario e ineludible, *está a la base de la más profunda verdad del mundo y del hombre y cimienta el sentido que explica al ser humano y su mundo*¹⁹, *es la respuesta a los interrogantes más acuciantes, profundos y fundamentales del hombre, de toda la estirpe humana, de toda la realidad a la que el hombre pertenece existencialmente, y que al mismo tiempo supera* .²⁰ La realidad de la referencialidad divina está necesariamente injertada en el misterio del hombre como fundamento, explicación y orientación.

DIAPPOSITIVA 9

En este contexto de estructura y dinamismo se genera uno de los grandes dramas del ser humano, porque el ser humano está facultado para no elegir lo que su estructura le propone, por medio de su libertad. La referencialidad inscrita en su ser tiene que ser hecha propia por la libertad, la acción llevada a cabo con convicción interna personal. Es la libertad la que ordena al ser humano a su relacionalidad con Dios, quien le da su estructura personal, con los dinamismos de su estructura personal, y con las otras personas con quienes genera un orden de relación y donación.

¹⁸ GS 10

¹⁹ SDC 167

²⁰ SDC 166

DIPOSITIVA 10

Para Wojtyła en esto consiste la estructura esencial de la existencia personal y humana: *El hombre existe no solo en el mundo, no sólo en sí mismo, sino que existe en relación, existe en donación: ¡así es cómo tiene que existir! No puede encontrarse a sí mismo plenamente más que en una desinteresada entrega de sí mismo. (...) Sin esta relación y donación toda la existencia humana sobre la tierra pierde su sentido*²¹. Esta convicción es tan central, que Wojtyła la denomina *la hermenéutica del misterio del hombre*²², la perspectiva que lleva a la plena realización de la cultura, la ciencia, la técnica a la afirmación de sí mismo y a la construcción de la humanidad en su aspecto esencial. Este es el modo en el que el ser humano descubre su sentido en el mundo, de tal modo que todo lo que lleva a cabo tiene una orientación hacia la trascendencia y la relación con los demás, en especial los que más lo necesitan. Es el modo en que el ser humano lleva a cabo su praxis en la naturaleza, porque el ser humano no se puede reducir a la sola materia y a los efectos materiales de su acción, por su estructura de conocimiento y de libertad en su acción, que hace de todo su trabajo un acto de la persona²³.

DIPOSITIVA 11

Y el tercer peldaño es la conciencia. La conciencia es lo que da valor moral a toda la actividad humana porque la hace personal, y

²¹ SDC 169

²² SDC 169

²³ SDC 178

precisamente humana, como afirma el mismo

Wojtyła: *No es únicamente el trabajo el que produce al hombre; si queremos ser fieles a un análisis exacto de la persona humana, debemos afirmar sin ambages que toda la autorrealización, autocreación de sí mismo, tiene su fuente en la conciencia moral, en el centro espiritual del hombre*²⁴. De este modo profundiza Wojtyła en el valor de la conciencia: *La dignidad de la persona humana encuentra su fundamento en la conciencia, en la belleza interior al principio objetivo, que permite a la praxis humana distinguir entre el bien y el mal. ella advierte el mal e impulsa al hombre hacia el bien. La conciencia quiere vincular al hombre al bien no sólo de forma pasajera, sino de una manera más profunda: quiere que el hombre se haga, bonus in quantum Homo, que no pierda ese bien sustancial que es la humanidad misma. En la obediencia del hombre a su conciencia se encuentra la clave de la grandeza moral del hombre y la base de su realeza, de ese dominio que es también, en sentido ético, autodomínio*²⁵.

DIPOSITIVA 12

Con estos dos textos nos queda claro que, el papel de la conciencia en el ser humano no tiene solo un sentido normativo o indicativo, sino que también tiene un sentido de perfeccionamiento, en el sentido de que, en algún modo, está conectado con nuestro ser en cuanto ser humano, o más específicamente en el ser bueno, en el sentido trascendental de la palabra. Por eso no existe una auténtica realización del ser humano si no

²⁴ SDC 179

²⁵ SDC 180

sigue la conciencia que lo hace ser bueno, es decir que lo hace crecer en el propio ser, en la bondad del propio ser. De aquí que Wojtyła cite a Tomás de Aquino en la expresión *bonus in quantum homo*, tomada de modo amplio del tratado De Malo en la quaestio 75.

La conciencia es la que desvela el misterio del hombre, porque le permite en medio de toda su praxis no solo hacer el bien, sino de modo muy especial ser bueno y por lo tanto no solo orientar hacia el bien el mundo que lo rodea, o su acción el mundo que le rodea, sino que orienta hacia el bien la propia persona, por ello la referencia al autodomínio como realeza sobre sí mismo en el ser humano.

DIPOSITIVA 13

De este modo, Wojtyła nos ha dejado los tres principios hermenéuticos con los que el ser humano se va desvelando a sí mismo en el mundo: la búsqueda de la verdad, la búsqueda de un sentido trascendente y la guía de la conciencia para encontrar la verdad en el bien. El misterio del hombre desde el punto de vista antropológico es por lo tanto un camino constante de descubrimiento ascendente de uno mismo. La referencia al modelo de humanidad que es Cristo no se propone entonces como un solo principio teológico, sino que se descubre como la referencia antropológica que hace verdadera la última afirmación de Wojtyła en su reflexión sobre la conciencia: *La obediencia a la conciencia, la cual obedece a*

su vez a la ley divina del amor, hace que “servir a Cristo equivalga a reinar” (Cf. Lumen Gentium 36)²⁶.

DIPOSITIVA 14

A LAS RAÍCES DEL MISTERIO DEL HOMBRE.

Como un tercer momento de nuestra reflexión, podríamos preguntarnos si todo este horizonte que florece en Redemptor Hominis y que vemos ampliamente en Signo de Contradicción, tiene alguna raíz en la visión filosófica del ser humano original de Karol Wojtyła. Para ello, podemos referirnos a su gran obra filosófica Persona y Acción, que ve la luz en 1969. Toda la reflexión comienza centrando su mirada en la persona, profundizando sobre la experiencia del hombre, porque en la visión filosófica de Wojtyła el misterio del hombre está ligado de modo necesario a la experiencia que el ser humano tiene de sí mismo.

DIPOSITIVA 15

Esta es la intuición con la que Wojtyła termina su introducción en Persona y acción, cuando desvela el propósito de su obra: *Se trata de tomar el pulso a la realidad del hombre en el punto más adecuado, aquel al que nos conduce la experiencia del hombre y al que el hombre no puede renunciar sin la sensación de haberse perdido a sí mismo. (...) Esta obra no está concebida ni según el modelo de los comentarios ni tampoco como un «sistema». Consiste más bien en un intento personal de comprender el objeto, un intento de análisis que pretende encontrar una expresión sintética de la persona y de la acción.*

²⁶ SDC 180

Parece, antes que nada, esencial para esta concepción que intentemos comprender a la persona humana en sí misma: así se podrá responder a los desafíos encerrados en la experiencia de la persona en toda su riqueza, y también a la problemática existencial del hombre en el mundo contemporáneo²⁷.

En estas líneas finales, Wojtyla vincula la posibilidad de conocimiento de la persona al conocimiento de la experiencia que la persona hace de sí misma. La categoría **misterio del hombre** debe enfrentarse desde la categoría **experiencia de la persona**, como proceso cognoscitivo que abre no solo a una mayor comprensión de sí, sino también a la respuesta a la problemática que el ser humano vive en su mundo, un enfrentamiento que tiene que lidiar, como él mismo afirma, con *los desafíos encerrados en la experiencia de la persona en toda su riqueza*.

DIPOSITIVA 16

Para entender este planteamiento del misterio del hombre que Wojtyla intenta plantear de modo filosófico, podríamos tomar este final como un punto de partida, que en toda la introducción se hace búsqueda, ofreciendo los ámbitos referenciales con los que podemos introducirnos en el misterio del hombre. Lo que quiere Wojtyla queda reflejado en este párrafo: *El hombre no debe olvidar su lugar adecuado en este mundo, que ha configurado el mismo. Se trata de tomar el pulso a la realidad del hombre en el punto más adecuado, aquel al que nos conduce la experiencia del hombre y aquel*

²⁷ PYA p. 58

*hombre no puede renunciar sin la sensación de haberse perdido a sí mismo*²⁸. La aparición del adjetivo *adecuado*, en el vocabulario de Wojtyla se encuentra siempre referido a la verdad plena de algo, cuando viene junto a un sustantivo. Por ello, lugar adecuado y punto más adecuado están queriendo señalarnos que es algo esencial para el hombre mismo en su relación consigo y en su relación con el mundo, tanto que en ello se juega el perderse o el encontrarse.

DIAPPOSITIVA 17

El mismo Wojtyla es consciente de que esto es un proceso profundamente existencial, como afirma en un párrafo denso en significados y sugerencias: *Sólo el hombre espera continuamente ser el mismo analizando en profundidad y, sobre todo, que se alcance una nueva síntesis, lo que no es fácil. el hombre, descubridor de tantos misterios de la naturaleza, necesita incesantemente ser descubierto él mismo de nuevo. Permaneciendo siempre en alguna medida como “ser desconocido”, necesita de continuo una expresión nueva y cada vez más madura de su esencia*²⁹.

¿Cuál es el camino que nos plantea para pasar de ser un desconocido a una cada vez más luminosa expresión de su esencia? Toda la introducción a *Persona y Acción* tiene el propósito de desvelarlo en un dinamismo sumamente riguroso.

DIAPPOSITIVA 18

²⁸ PYA p57

²⁹ PYA p.56

- Wojtyła propone profundizar en la experiencia, no como un mero sucederse de eventos, sino como el modo en que podemos descubrir el yo propio y el de los demás. En el caso del ser humano, la experiencia no es un mero sucederse de eventos, porque cuando el ser humano experimenta algo, también se está experimentando a sí mismo, en su persona y en las diversas dimensiones de esta: *Se trata de la experiencia más rica, y probablemente la más compleja, entre todas las que el hombre tiene a su alcance. La experiencia de cualquier cosa que se encuentre fuera del hombre siempre conlleva una cierta experiencia del propio hombre. Pues el hombre nunca experimenta nada externo a él sin que, de alguna manera, se experimente simultáneamente a sí mismo*³⁰.
- Esta realidad supera la fragmentación del empirismo: *el objeto de tal experiencia no es solo un fenómeno sensible transitorio, sino también el propio hombre que se revela a partir de todas las experiencias y que, a la vez, está en cada una de ellas*³¹. Además, cuando el hombre experimenta a otro ser humano, no solo lo hace como un concepto abstracto, sino que también lo descubre como un yo, semejante a lo que sucede cuando yo me experimento a mí mismo. La experiencia de la persona posee siempre una dimensión de inconmensurabilidad³², pues nunca

³⁰ PYA 31

³¹ PYA 32

³² *La inconmensurabilidad procede del hecho de que, cuando el hombre es un dato para sí mismo, es su «yo» propio, lo es de manera mucho mayor y muy distinta a como lo es cualquier otro hombre que no sea yo mismo. Incluso cuando tenemos el mayor erado posible de aproximación a cualquier otro hombre, la diferencia permanece.* PYA 34



se llega a agotar ni toda la experiencia del ser humano ni toda la experiencia de mi yo.

- Hay una importante relación en el caso humano entre experiencia y comprensión. La dimensión intelectual del ser humano permite generar una relación entre la experiencia del yo, algo interno subjetivo particular, con la experiencia del hombre, algo externo, objetivo y universal. De otro modo se haría presente e insalvable la duda que Wojtyła expresa: *¿qué es en este caso lo que se me presenta de manera «directa»? ¿es solo la «superficie», perceptible por los sentidos, de ese ser al que llamo hombre, o es también el hombre mismo?, ¿o es mi propio «yo» como hombre?, ¿en qué medida lo es?*³³

Así tenemos los elementos que nos permiten entender la experiencia interior de uno mismo, por un lado, el descubrimiento de una identidad cualitativa en medio de todas las experiencias y, por otro lado, el descubrimiento de una inconmensurabilidad que hace inagotable la sola reducción a la experiencia. El conocimiento de sí se fundamenta en la experiencia del hombre que no se agota en el empirismo, sino que, en el caso de Wojtyła a través de la visión fenomenológica llega la identidad del ser humano³⁴.

DIAPPOSITIVA 19

³³ PYA 39

³⁴ No se puede aceptar que, cuando se aprehende este hecho, la experiencia se limite a la pura «superficie» -a un conjunto de rasgos sensibles que son en cada ocasión únicos e irrepetibles- y que el entendimiento, por así decir, espera estos contenidos para «hacer» con ellos su propio objeto, al que denomina «acción» o «persona y acción». Parece más bien que el entendimiento interviene ya en la propia experiencia, y gracias a ella establece una relación con el objeto. PYA 40

El ámbito en que es posible descubrir la persona es la acción de la persona, porque en ella se revela la dimensión personal, es decir su trascendencia y su autodomínio. El punto de partida es la experiencia de que el hombre actúa, y desde la actuación del ser humano podemos profundizar en la persona. Una acción de la persona que se refiere, de modo especial, al momento en que la persona actúa con su libertad y con su inteligencia, esto es al Actus Personae: *la acción es un momento particular en la aprehensión -o sea, en la experiencia- de la persona. El hecho «el hombre actúa», en todo su amplio contenido experimental, se puede entender de manera que se capte como acción de la persona*³⁵.

Esta visión de la Acción y de la Persona nos lleva a la dimensión moral, que implica una relación no solo con la verdad, sino también con el bien que se refleja en su visión de la ética: *es la ciencia sobre la acción que presupone a la persona: al hombre en cuanto persona.*³⁶ la experiencia de la acción de la persona nos permite poner el fundamento tanto de la verdad del ser humano, la antropología, como el bien del ser humano, la ética. O si lo queremos ver de otro modo, el ser humano verdadero y el ser humano bueno. La moralidad descubre la profundidad de la persona y sus dimensiones, en ella, usando una palabra muy querida de Wojtyła, se desvela la persona y el valor moral de la acción. *las acciones son un momento privilegiado para ver la persona y, por tanto, para conocerla*

³⁵ PYA 41

³⁶ PYA 42

*experimentalmente. ... porque ahí la persona se nos revela de manera más profunda y amplia que en el acto mismo*³⁷.

DIPOSITIVA 20

La dimensión del yo que lleva a cabo este dinamismo es la conciencia, que es la que pone en acto el juicio sobre el bien y la verdad de los actos, y sobre el bien y la verdad de la misma persona. Una conciencia que descubre a la persona en los actos que la hacen ser de modo específico: la trascendencia, el autodomínio y la integración. Una conciencia que descubre que la persona no se agota en sí misma, en la dimensión de la “persona actúa” sino que se descubre abierta de modo necesario a la “persona actúa junto con los otros” dando así a la participación una carta de naturaleza en el descubrimiento del misterio del hombre.

Podemos concluir este momento resumiendo el modo en que el misterio del hombre aparece en la experiencia del hombre: el ser humano se descubre a sí mismo como un yo, un yo que actúa y en cuyas acciones se desvela su naturaleza de trascendencia y autodomínio, y también su dimensión moral. Este descubrimiento no es solo intelectual, sino que por medio de la conciencia se asoma a la inconmensurabilidad que siempre aparece en cada ser humano, sea cuando actúa en sí mismo, o cuando actúa junto con los otros.

Conclusión

DIPOSITIVA 21

³⁷ PYA 44

He querido resumir en estas líneas la gran riqueza con la que Wojtyła fundamenta su búsqueda del misterio del hombre, siendo consciente de que, con la sola razón y la sola filosofía, siempre hay ámbitos por descubrir, debido a la inconmensurabilidad del yo que se descubre en cada experiencia que se tiene de sí mismo o de los otros.

El misterio del hombre es un eje que recorre toda la vida de Wojtyła, como recorre la vida de cada uno de nosotros. Al final el recorrido descendente que hemos hecho en estas reflexiones se concretó en un recorrido ascendente, en el que el mismo Juan Pablo II fue descubriendo su propia inconmensurabilidad, o se le fue manifestando como hombre el misterio de su propio ser hombre. Y lo fue descubriendo apoyándose en su razón y en su fe. En lo que su inteligencia le descubría y en los horizontes que la fe le abría en cada experiencia: *el misterio tiene una doble vertiente. Una consiste en todo lo que, gracias al amor de Dios, ha sucedido ya en la historia humana. Otra recae sobre el futuro, la esperanza: es el misterio del umbral que cada uno de nosotros debe atravesar, impulsado por la llamada misma y sostenido por una fe que no se arredra ante nada, porque sabe de quién se ha fiado (2 Tm 1, 12). Es un misterio, pues, que compendia todo lo que fue «desde el principio, lo que fue antes de la fundación del mundo y lo que aún debe venir». La fe, la responsabilidad y la valentía de cada uno de nosotros se inserta así en el misterio de la plenitud del designio divino. Se necesita nuestra fe, nuestra responsabilidad y firmeza para*

*que el don de Cristo al mundo pueda manifestarse en toda su riqueza*³⁸.

Él a lo largo de su existencia supo ir descubriendo su misterio, mirando hacia delante, pero sobre todo mirando hacia arriba y hacia atrás, descubriendo en todo momento, en cada experiencia, en cada decisión que tenía que tomar, que en ella se hacía mejor persona, que se hacía más verdadero, que se hacía mejor, que se asemejaba a aquel que también a él le desvelaba el misterio de su ser hombre: Cristo Jesús, a quien abrió las puertas de su vida y a quien abrió las puertas del mundo. Así nos lo dejó en uno de sus últimos documentos, al inicio del tercer milenio: *«Señor, busco tu rostro» (Sal 2726,8). El antiguo anhelo del Salmista no podía recibir una respuesta mejor y sorprendente más que en la contemplación del rostro de Cristo. En él Dios nos ha bendecido verdaderamente y ha hecho «brillar su rostro sobre nosotros» (Sal 6766,3). Al mismo tiempo, Dios y hombre como es, Cristo nos revela también el auténtico rostro del hombre, «manifiesta plenamente el hombre al propio hombre».*³⁹

³⁸ Levantaos, Vamos, p. 101

³⁹ Nov milenio inneunte 23.